

Acerca del origen del Pabellón Español del Centenario

Don José Artal, Presidente de la Cámara Oficial Española de Comercio, Industria y Navegación de Buenos Aires fue quien obtuvo los 45.000 metros cuadrados para erigir los Pabellones de España sobre la Avenida Alvear entre las Exposiciones de Higiene y la Universal. Con el apoyo español y de la Cámara se lanzó un manifiesto de convocatoria a los industriales y comerciantes españoles en la Argentina y España. La crónica nos narra los resultados:

“Tuvo ese manifiesto inmensa repercusión en España, y, a pesar del breve espacio de tiempo que se señalaba para el envío de los productos, la Cámaras de Comercio de la península respondieron con gran entusiasmo, sobrepujando toda la expectativa, todos los cálculos, aun los más favorables.

Día a día las adhesiones, momento á momento las listas de expositores, crecían, ultrapasando los optimismos más grandes.

- Piensen ustedes, nos decía el señor Artal, que á estas horas ya tenemos mil nombres apuntados, cuando en la Exposición de París de 1900, la sección española no figuraba más que con quinientos!

Esta unánime adhesión del comercio y de la industria de España, que no son el comercio estancado ni la industria rutinaria que se obstinan en decir algunos espíritus pesimistas, vino á dar nuevos alientos á la obra, nuevas fuerzas á sus propulsores.

Fue entonces cuando el arquitecto argentino señor Julián García Núñez, educado en España, discípulo del famoso Puig y Cadafalch, y con algo de la audaz originalidad de este en el estilo de sus construcciones modernas, presentó el magnífico proyecto de Pabellones, que fue aprobado, encargándosele de su construcción.

Era un proyecto que respondía al entusiasmo del momento, á los planes de aquel instante de fiebre, en que, aun con ser mucho lo que se esperaba, todavía existía algo de recelo. El proyecto del señor Julián García Núñez excedía de los cálculos más ventajosos, á poco que vió que todo aquello, tan vasto, iba resultando pequeño, y se le anexaron dos pabellones laterales, y luego otro, mayor, detrás del edificio central, porque en esta carrera de entusiasmos todo cálculo ha sido excedido y la realidad de un día resultaba demasiado poco al siguiente.

... Y, por esto, mientras el señor Artal nos iba enseñando las partes del edificio en construcción, y cruzábamos por el vasto espacio donde hoy se ve el magnífico estadio para juegos y fiestas, por en medio de los montones de piedra, ladrillos y madera, por entre trabajos de ornamentación en esbozo, teníamos la visión de algo grande, de algo formidable, de algo enorme, que trascendía por encima de la materialidad del momento comercial, y preparaba grandes días de victoria para España.

Si; era aquella una obra titánica, una obra suprema de exaltación patriótica, y bien merecía, en verdad, la Cámara de Comercio, el aplauso más franco, una adhesión unánime de todos los buenos españoles.

Así se hace patria, pensábamos, así se hacen grandezas colectivas. Y recordábamos el ejemplo de Alemania, la lección de Italia, inolvidables para nosotros, como espejo en el que se puede mirar toda colectividad, celosa de sus obligaciones y deberes.

Hay que levantar el nombre de España con un bello esfuerzo - se dijeron los dirigentes de la Cámara de Comercio - y comenzaron á trabajar, ignorando hasta donde llegarían; pero, sabiendo, si, que su meta era la afirmación, sostenida y categórica, de la valía de España. La obra no era difícil si se ponía en ello el entusiasmo que con tanta prodigalidad se pierde entre nosotros para llevar á cabo empresas de menos consistencia y... sólo se requería orden y fé, esa vieja fé que en las modernas lides comerciales se hace tan imprescindible como en la afirmación espiritual de las antiguas luchas.

Volvíamos á mirar las construcciones, los pabellones en armazón, las cúpulas en esqueleto, aquel amontonamiento de materiales informes, que habían de constituir algo bello y grandioso bajo el soplo de la voluntad y de la constancia. Y pensamos que era eso un símbolo de la patria: mucho de útil, mucho de bello, y de grande, al que solo faltaba una voluntad ordenadora que le obligara á ser.

Y estrechamos la mano del señor Artal, en un efusivo impulso de felicitación personal y de gratitud colectiva.”¹

¹ Cfr.: CAMBA, Francisco; MAS y PI, Juan. *Los españoles en el centenario argentino*. Buenos Aires, Imprenta Mestres, 1910, pp. 99 a 103.